

LA COLEGIALA.

ZARZUELA EN UN ACTO,

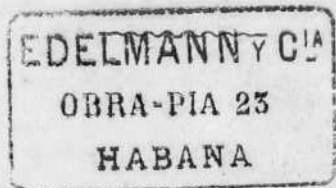
LETRA DE

DON ALEJANDRO RINCHAN.

MÚSICA DE

DON JUAN MOLLBERG.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1861.

ACTORES

PERSONAS

ANSELMO Sr. ANSELMO RAMIREZ
 DOÑA OLIMPIA DE PERELES Sr. ANSELMO RAMIREZ
 PETRA Sr. ANSELMO RAMIREZ
 D. ENRIQUE Sr. ANSELMO RAMIREZ
 ALFREDO Sr. ANSELMO RAMIREZ
 DON PASAJA Sr. ANSELMO RAMIREZ

À LA SEÑORITA

Doña Amalia Ramirez

Los Autores



t. 1270669
 c. 71755896

PERSONAS.

ACTORES.

AURELIA.....	DOÑA AMALIA RAMIREZ.
DOÑA OLIMPIA DE PERALES.	DOÑA LAURA GARCIA.
PETRA.....	DOÑA MATILDE AYTA.
D. EMETERIO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
ALFREDO.....	D. RICARDO MORALES.
UNA PASANTA.	

La escena en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y liricas titulada EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.



R. 164242

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Doña Olimpia, con puerta al foro, otras dos á la derecha, otra en primer término de la izquierda, y ventana en el segundo. Delante de esta un piano, sobre el cual se hallarán cuadernos de música y un trombon. A la derecha de la puerta del foro, una consola con espejo y reloj de sobremesa. A la izquierda un biombo, formando escuadra por delante de la segunda puerta lateral. En el proscenio del mismo lado, un costurero con labor. Rico mueblaje del día.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, y luego DOÑA OLIMPIA.

- PET. (Atravesando muy despacio la escena de derecha á izquierda, con un sombrero de señora en una mano y leyendo.) «Los hombres que llevaban á Edmundo Dantés... (Campanillazo en la izquierda.)—¡Cachaza!—«Se detuvieron en la plataforma... (Campanillazo.)—¡Firme!—«En la plataforma del castillo de If...
- OLIMP. (Dentro, primera puerta izquierda.) ¡Petra! ¡Petra! (Saliendo.) ¡Petra!
- PET. (Ocultando el libro.) ¿Señora?
- OLIMP. ¿Quieres burlarte de mí, trastuela?
- PET. ¿Yo?... Si ya venía... (Le dá el sombrero.)
- OLIMP. (Poniéndoselo.) Sin duda te has propuesto hoy probar mi paciencia.

- PET. ¡Ave Maria! No parece sino que hay fuego en casa.
- OLIMP. ¿Cómo se entiende?...
- PET. No para usted de gruñir.
- OLIMP. ¡Insolente! Fuera de mi casa.
- PET. (¡Si: ya baja!)
- OLIMP. Al momento.
- PET. ¡Señora! Acuérdesse usted de mi madre, que la sirvió tan fielmente en Valladolid, cuando...
- OLIMP. Nada escucho.
- PET. Cuando trataban ustedes en cerdos, con perdon sea dicho.
- OLIMP. ¡Calla, desgraciada!
- PET. Cuando no se la conocía á usted por la señora de Perales, sino por...
- OLIMP. ¡Silencio! ¡Por favor, no pronuncies ese nombre ridículo! ¡Calla por Dios!
- PET. (Segura estaba yo de amansarte.)
- OLIMP. Yo tengo un pronto... pero en pasándose, no me acuerdo de nada: Vamos, tráeme el abanico. (Váse Petra.) Capaz sería esa perinola de divulgar el nombre de mi difunto. ¡Oh! en breve, esposa de Alfredo, haré olvidar ese apellido tan...
- PET. (Volviendo con el abanico.) Tome usted, señora.
- OLIMP. Muy bien. Si viene alguien que no vuelvo hasta las tres. (Váse.)
- PET. Anda con Dios. A ver si una vez puedo salir de dudas sobre el paradero del pobre Dantés. (Hojea el libro.) Es que está insufrible mi señora con sus pretensiones de instruirse, y sus maestros... y sus... ¡A buena hora! A la vejez viruelas.—¡Ah, já! Aquí está. No sosiego hasta saber qué le sucedió al bueno de Dantés. Toda la noche he soñado con él. (Se sienta y lee.) «Se detuvieron en la plataforma del castillo de If, buscaron una cuerda...— ¡Ay! ¡Dios mio! ¿Qué irán á hacer con él?—«Buscaron una cuerda...» (Campanillazo en el foro.) ¿Otra te pego? Algo se le ha olvidado (Campanillazo.) Hasta que se te caiga la mano. (Vá á abrir y se detiene.) ¡Pero no! No puede ser la señora... se ha llevado el picaporte...—«Buscaron una cuerda...» (Campanillazo.) ¡Caramba! (Gritando desde el foro.) La señora ha salido.

ESCENA II.

PETRA, AURELIA y la PASANTA.

- AUR. (Dentro.) ¡Abre, Petra!
- PET. ¡Calla! ¡Si es la señorita Aurelia! (Sale y vuelve con Aurelia y la Pasanta.) ¡Cómo! ¿usted en Madrid, señorita?
- AUR. Sí, Petra: ¿y mamá? ¿Dices que ha salido?
- PET. No hace cinco minutos.
- AUR. (Me alegro.) (A la Pasanta) Usted ha cumplido su misión de entregarme sana y salva en mi casa. Petra se encargará de la carta de la señora directora para mamá. (La Pasanta entrega una carta á Petra y se retira acompañada de Aurelia, quien le dice.) Feliz viaje, señora: mil cosas á mis compañeras, y que ya saben cómo se recobra la libertad. (Váse la Pasanta.)
- PET. Y la señora, que no me habia prevenido que debia usted llegar...
- AUR. Ya lo creo: como que no me espera. Pero hablemos de otra cosa, Petrilla. Dime, ¿conoces á Alfredo de la Peña?
- PET. Mucho que si.
- AUR. ¿Le ves con frecuencia?
- PET. Todos los dias.
- AUR. Y mamá... ¿qué tal le recibe?
- PET. Perfectamente. Si no sabe hablar mas que de él. ¿Y usted conoce tambien á ese señorito?
- AUR. ¿Yo?... un poco.—¡Ay, Petra!
- PET. ¿Qué hay?
- AUR. Si supieras...
- PET. ¿Qué?
- AUR. Si, es preciso que lo sepas.
- PET. ¡Pues vamos!...
- AUR. Ese jóven...
- PET. ¿Don Alfredo?
- AUR. Es...
- PET. Adelante.
- AUR. Es mi novio.
- PET. ¿Qué escucho? ¿Quiere casarse con usted?
- AUR. Si, Petra.
- PET. ¿Y dónde le ha conocido usted?
- AUR. En Valencia. Nos habiamos visto varias veces en la

iglesia; y una mañana que me paseaba sola en el jardín del colegio, apareció en un balcon de la casa de enfrente y me tiró una carta en que me decia que me amaba, y que queria casarse conmigo.

PET. ¿Y usted le contestó?

AUR. Por supuesto. Alfredo tenia que volver á Madrid á concluir su carrera de abogado; le aconsejé que procurase introducirse en casa y captarse la voluntad de mamá, prometiéndole ingeniarle para salir del colegio, en cuanto él me avisase que ya era tiempo. Yo esperaba con impaciencia ese aviso, pues me estaba muriendo de tristeza; y eso que en cuanto Alfredo se ausentó, hice otra conquista.

PET. ¿Otra? ¡Señorita!

AUR. Pero no debe inspirarle celos; porque es un vejestorio gordinflon... ¡y tan feo, tan feo!

PET. ¿Feo?

AUR. ¡Horroroso! Me seguia á todos los paseos, haciéndome mil muecas y guiños. ¡Já, já, já! Debe estar desesperado si ha sabido mi salida del colegio. Él se consolará. —Por fin, anteayer recibí el aviso que tanto deseaba. Oye lo que me dice Alfredo. (Lee.) «El sábado llegará usted á Madrid. ¡Ay, Aurelia! Siento que me seria imposible dominar la emoción que experimente al escuchar su voz por primera vez, y conviene evitar que su mamá descubra que estamos de acuerdo. Procure usted por lo tanto que Petra, que la quiere mucho, me franquee la puerta de la escalera secreta, y nos proporcione una entrevista antes de tenerla en presencia de su mamá. Iré á la una, etc., etc.—Ya lo has oido, Petrilla.

PET. ¡Bien! Se hará lo que desea. ¿Pero cómo ha podido usted lograr el consentimiento de la señora para regresar á Madrid?

AUR. ¿Su consentimiento? Me lo ha rehusado. Pero ya lo tenia yo previsto, y en cuanto recibí la carta de Alfredo, revolucioné el colegio, armé un verdadero pronunciamiento, por lo cual me han expulsado, y héteme aqui.

PET. Bien hecho.

AUR. No, que me estaria allí fastidiando, mientras aqui me esperaba la felicidad.

CANTO.

AUR. Ausente de mi Alfredo
gemia el corazon,
y dije, ¡fuera miedo!
¡No mas educacion!
Ingenio y osadia
me dieron libertad,
que odiaba el alma mia
aquella soledad.

PET. ¡Partida fué serrana!
¡brava, bonita!
Ya veo que no es rana
mi señorita.
Mas no me espanto:
en su lugar yo hubiera
hecho otro tanto.

AUR. Con que Petra, tú te encargas
de aplacar á mi mamá.

PET. No hay cuidado, que aunque truene,
el chubasco pasará.

AUR. Me dá pesar
causarla enojo;
pero es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

PET. ¡Estrambótica mania!
Es infieva tirania,
y despótica y horrible
pretension:
mas que estudios y labores,
le deleitan los amores
á una niña de sensible
corazon.

Y la paloma
que, cual murmullo,
lejano arrullo
pudo escuchar;
como en el nido
sola se vea,
salir desea
del palomar.

AURELIA.
Me dá pesar
causarla enojo;
pero es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

PETRA.
No os dé pesar
causarla enojo,
porque es antojo
raro y cruel,
á una doncella
que tiene amante,
tener distante
de su doncel.

HABLADO.

- AUR. (Campanillazo.) Ya está ahí... yo me escapo. ¡Por Dios!
¡Petra! (Huye por el foro izquierda.)
- PET. No tema usted. De mi cuenta corre... (Sale á abrir y
vuelve con D. Emeterio.)

ESCENA III.

PETRA, D. EMETERIO.

- EMET. ¿La señora de Perales?
- PET. Ha salido, caballero, y no volverá hasta las tres.
- EMET. (Sacando el reloj.) Pse... Dos horas y media pronto se
pasan... La vida es tan corta... La esperaré.
- PET. (¡Pues alabo la cachaza!... ¿Habré cometido yo una
imprudencia? ¡Bah! tiene traza de bonachon...—Voy á
tranquilizar á mi señorita.) (Váse.)
- EMET. (Sentándose.) ¡Qué cansado estoy!—Y dígame usted, ni-
ña... ¡Calla! pues se ha marchado... ¡Ah, ya! Habrá
ido á prevenir á Aurelia... ¡Qué sorpresa la voy á dar!
Me ¡ama, no hay duda. ¡Si no podia disimular el gozo

que experimentaba al verme! ¡Qué ganga! En cuanto supe que se habia hecho expulsar y venia á disfrutar el sol de Madrid, yo no quise quedarme á la luna de Valencia, y corrí en pos de ella. Llego y tomo informes de la portera, quien me asegura que la que busco acaba de entrar, y que su madre acaba de salir. ¡Qué ganga!—¡Está visto, soy un Tenorio! ¡Pero dónde diablos está, que no parece? ¡Cómo palpita mi corazon! (Abre con timidez la puerta derecha y mira atentamente al interior.)

ESCENA IV.

D. EMETERIO, DOÑA OLIMPIA.

- OLIMP. Se me habia olvidado el anuncio que mandé al Diario. ¿Habrá venido alguien durante mi ausencia? Voy á preguntar... (Se quita el sombrero.)
- EMET. Se conoce que no está por este lado. (Se vá á dirigir á la izquierda á tiempo que Olimpia vuelve la vista á la derecha, y apercibiéndose, ambos quedan sorprendidos.)
- OLIMP. ¡Un hombre aquí!
- EMET. ¡Uy, la madre! ¿Qué diablos le diré?—Es la señora de Perales á quien tengo el honor...
- OLIMP. Yo soy en persona, caballero.
- EMET. (¿Qué diablos le digo?...) Señora... me he tomado la libertad... de esperar á usted... para... (No sé qué decirle.)
- OLIMP. Tome usted asiento, caballero.
- EMET. Mil gracias.
- OLIMP. Con que decia usted...
- EMET. ¡Ah! Si... decia... (No sé lo que decia. ¡Oh! pretextaré que he visto anunciada una almoneda.)
- OLIMP. Siga usted.
- EMET. Señora, todas las mañanas, despues de tomar el chocolate, acostumbro á leer el Diario de avisos.
- OLIMP. Muy bien hecho. Pero no comprendo...
- EMET. Hoy he visto un anuncio...
- OLIMP. ¡Ah! ya caigo... ¿un anuncio en que se piden profesores de todas las ciencias y artes?
- EMET. Exactamente. (Lo mismo dá.)
- OLIMP. Yo lo he mandado insertar. Y usted es probablemente...
- EMET. Si... si, señora. (Ya tengo pretexto. ¡Qué ganga!)

- OLIMP. ¿Profesor de?...
- EMET. Cabal: profesor de...
- OLIMP. Como no sea de dibujo ó de baile... porque esos ya los tengo.
- EMET. No, no, señora: no soy de dibujo ni de baile.
- OLIMP. ¿Es usted tal vez de canto?
- EMET. ¿Cómo de canto?
- OLIMP. Quiero decir si dá usted lecciones de canto, que es lo que mas me urge.
- EMET. Precisamente esa es mi profesion. (De muchacho aprendí un poco el trombon.)
- OLIMP. Sírvase usted decirme los honorarios que acostumbra...
- EMET. ¡Oh, señora! Los que usted misma designe.
- OLIMP. Pues bien, no reñiremos por eso, como yo vea que progresamos.
- EMET. Progresaremos, señora, no lo dude usted.—¿Y cuándo damos principio?
- OLIMP. Ahora mismo. Siéntese usted al piano.
- EMET. Dispéñeme usted, señora. Debo advertir que uso un método especial. En mi opinion, el instrumento mas conveniente para acompañar al discípulo, es el trombon.
- OLIMP. ¿El trombon?
- EMET. Sin duda; porque siendo este un instrumento... de viento... cuyo elemento... es nuestro aliento... y el fundamento... y aun el acento... y el pronunciamiento... de la voz humana...
- OLIMP. Bien, bien; como usted quiera: no perdamos tiempo.
- EMET. Es el caso...
- OLIMP. ¿Qué?
- EMET. Que no he traído...
- OLIMP. Si no hay otro inconveniente, aqui está. (Le presenta el trombon.)
- EMET. ¡Cómo! ¿Tiene usted?...
- OLIMP. Mi difunto lo tocaba.
- EMET. (¿Cómo salgo yo de este pantano? No sé mas que una cancion.)
- OLIMP. (Trayéndole los cuadernos.) Escoja usted. Aqui hay obras de Rossini, Donizetti, Verdi, Bellini...
- EMET. Bellini.
- OLIMP. Bellini. (¡No sabe italiano!)
- EMET. Dispéñeme usted, señora; pero debo advertirle que mi

método prescribe que se empiece por una melodía antigua.

OLIMP. ¿Y qué melodía es esa? ¿Es de Bethowen?

EMET. No, señora. Es... de un célebre maestro español, que ocultó su nombre por exceso de modestia.

OLIMP. ¿Y cómo se titula?

EMET. El Desengaño. (Tararea.)

Cuántas veces tus labios de rosa...

OLIMP. Pues no hay duda que es fresquita. Mas no importa: voy á cantarla.—Á una.

Cuántas veces tus labios de rosa...

EMET. (Que habrá cantado con ella, en vez de acompañarla.) ¡Señora, señora! No lleva usted el compás.

OLIMP. Usted es quien me le hace perder, cantando en vez de acompañar con su trombon.

EMET. Pues voy á acompañarla; pero procure usted marcar bien.

CANTO.

OTIMP. (Canta acompañada al trombon por Emeterio, con un tono insufrible.)

¡Cuántas veces tus labios de rosa
me juraron eterna pasión!
Me engañaste y hoy juras de nuevo:
ya, mona mía, no te creo, no.

EMET. ¿Qué es esto? ¿pensasteis
burlaros de mí?
¡Qué tono! ¡qué tono!
Me ha dado el esplin.
Maldita carraca,
debierais decir.
Si el mio tuviése (Señalando el trombon.)
no hablarais así.

OLIMP. ¿Que es malo dijisteis?
¿Que es malo? Mentis.
Y en prueba, soldado;
callaos y oid.

EMET. (Lo coge el trombon y toca, en tanto que él canta lo siguiente)
¿Qué veo? ¡Lo entiende!
Mal medio elegí.

Con todo, sin verla
no salgo de aqui.

OLIMP. Eh... ¿qué tal?
EMET. (¡Qué situación!)
OLIMP. Podeis iros á otro lado.
EMET. (Se la doy al mas pintado.)
Dispensadme...
OLIMP. No hay perdon.

OLIMPIA.
Me habeis querido engañar,
accion impropia de hidalgos:
y habeis venido á buscar
mendrugo en cama de galgos.
¡Vaya un profesor
de mi flor!
¡Vaya un buen maestro!
Puede enamorar
y brillar
por galan y diestro.
Huya usted de mí,
vaya usted de aqui
á llevar el arte
y la música á otra parte.

EMETERIO.
Yo la he querido engañar,
mas engañado yo salgo:
pues he venido á buscar
mendrugo en cama de galgo.
Lejos de mi amor,
¡qué dolor!
¡Sino bien siniestro!
Voy á declarar
sin tardar
que no soy maestro.
Siento que nací,
¡ay de mí!
niña, para amarte,
y no puedo abandonarte.

HABLADO.

OLIMP. ¿Y bien? ¿No entiende usted la indirecta?
EMET. Pero, señora...
OLIMP. ¿Se vá usted... ó llamo á los criados?
EMET. Es inútil. Basta ya de ficcion.
OLIMP. ¿Qué significa?...
EMET. Significa que yo no soy músico, señora, sino un propietario con cuatro mil duros de renta, y que he cometido la torpeza de fingirme artista, con el único objeto de poder entrar en su casa y conocer á usted. Ruego, pues, que me dispense...
OLIMP. ¡Caballero!—(¿Y me he de enfadar porque se haya enamorado de mí? Eso es tan natural...) Sírvase usted tomar asiento y explicarse. (Coge una silla y se sienta.) Yá

le escucho.

EMET. Señora; era yo casi niño cuando marché á América, donde he hecho mi fortuna.

OLIMP. (Cogiendo una labor.) ¡Calla! Tal vez haya usted conocido por allá á un hermano de mi difunto.

EMET. No, señora: no he conocido á ningun Perales.

OLIMP. Mi cuñado se llama... (¡Diantre! Iba á pronunciar ese pícaro nombre.)

EMET. En suma: yo soy rico; soy viudo, como usted es viuda, pero soy jóven todavía, y he pensado en contraer segundas nupcias.

OLIMP. ¡Bien pensado! ¿y con quién?

EMET. ¿No lo adivina usted?

OLIMP. ¿Yo?... No, caballero. (¡Qué coqueta soy! Siempre lo fui.)

EMET. Pues, señora, la que ambiciono por esposa es...

OLIMP. ¿Quién?

EMET. Su hija de usted.

OLIMP. (Levantándose furiosa.) ¡Mi hija! ¡Cómo! ¡Mi hija!... ¿Pero usted está loco en querer casarse con una niña de su edad?

EMET. ¿Pues qué edad tiene? (Se levanta y deja el sombrero en su silla.)

OLIMP. Once años.

EMET. ¡Once años!

OLIMP. Ni mas ni menos. ¿No vé usted que le estoy bordando unos pantaloncitos?

EMET. No; si no es esa... Hablo de la mayor.

OLIMP. ¡Caballero! ¿Me toma usted por la tía Mil-hijos? Yo no tengo mas que una niña. (Deja la labor en su silla.)

EMET. ¿Que ha llegado hace media hora de?...

OLIMP. No, señor: mi hija no ha llegado, ni debe llegar.

EMET. Luego la que vengo siguiendo... la que...

OLIMP. No es mi hija.

EMET. ¡Ay, Dios mio! ¿Con que me ha engañado la portera? ¿He perdido su huella?... ¡Oh! pero yo la encontraré. La amo, la adoro, y... la necesito. Correré todo Madrid... preguntaré... registraré... iré si es preciso á los anti-podas. (Váse precipitadamente, olvidando su sombrero.)

ESCENA V.

DOÑA OLIMPIA, PETRA y luego AURELIA.

- OLIMP. No hay duda; ese hombre está tocado. Verdad es que mi Aurelia tiene mas de once años... ¡Ay! ¡demasiado cierto es! ¡Pero suponer que esté en edad de casarse!...
- PET. (Trayendo una maleta.) Señora...
- OLIMP. ¿Qué?... ¿Qué maleta es esa?
- PET. Esta carta se lo dirá á usted mejor que yo. (Se la dá.) (Huyamos de la nube.) (Entra con la maleta por la primera puerta izquierda, y sale en seguida sin ella, marchándose por el foro izquierda.)
- AUR. (Apareciendo en el foro mientras lee Doña Olimpia.) (Bueno será aparentar timidez.)
- OLIMP. ¡Despedida mi hija!—¡Aurelia!—Ahora comprendo...— ¡Aurelia! ¿Dónde está esa desdichada?
- AUR. Aquí, mamá.
- OLIMP. ¡Despedida! ¡Despedida como una criaduela! ¿Y aun tiene usted valor de presentarse ante mí? No reconozco á usted. No es usted mi hija... Usted es una revolucionaria, una demagoga, una anarquista! En su lugar me estaria muriendo de vergüenza en un rincon de la cocina.
- AUR. Allí estaba, mamá. (Almorzando.) Pero me has llamado, y vine...
- OLIMP. ¡Uy! ¡Cuánto ha crecido en estos seis meses! ¡Si Alfredo la viese me creeria ridiculamente vieja!
- AUR. Mamita...
- OLIMP. Aparte usted.
- AUR. Escúchame sin enfadarte y verás como tengo razon.
- OLIMP. ¿Razon? ¡Pues alabo la frescura!
- AUR. Desde hace seis meses te suplicaba en todas mis cartas que me trajeras á tu lado, y no me hacias caso. Yo queria verte todos los dias, á todas horas... te quiero tanto!
- OLIMP. ¡Qué mona es! ¡Lástima que sea tan alta!
- AUR. Me perdonas, ¿verdad? No hablemos ya de ello.
- OLIMP. Al contrario: hablemos. Me tienes muy enfadada.
- AUR. Pero mamita...
- OLIMP. Vamos, pichona, no seas caprichosa. Hazte cargo de que tu educacion...

AUR. Mi educacion está terminada. No me queda nada que aprender.
OLIMP. ¡Nada que aprender! ¿Qué sabes tú?
AUR. Atiende.

CANTO.

Literatura,
canto y pintura;
sé de memoria
toda la historia.
Yo toco el piano,
hablo italiano,
hablo el francés,
hablo el inglés.

Yo sé las matemáticas,
poseo la gramática,
retórica, poética,
é historia natural;
la geografía y física,
la química y botánica,
y á mas el nuevo cálculo
sistema decimal.

(Hablando.) Soy maestra en las labores,
en bordado hago primores;
coso á pespunte y bainica
en la batista mas rica.
Hago flores, bichos, fieras,
y aun angelitos de cera:
y es, en fin, mi ciencia tal,
que no conozco rival.

Literatura, etc.

Y no es tan solo artística,
científica, política,
moral y filosófica
mi vasta erudicion:
domino por la práctica
la máquina doméstica,

y el arte gastronómico
con rara perfeccion.

(Hablando.) Hago jaleas, peradas,
guisos, fritos, empanadas,
flanes, ojaladres, natillas,
y jarabes y pastillas.
Sé trinchar á la francesa,
servir el té á la inglesa,
hacer tortillas al ron
y salsas de cornison.

Literatura, etc.

- OLIMP. ¿Sabes todo eso?
AUR. Si, mamá; si, pregunta.
OLIMP. ¡Qué instruida es mi hija! ¡Lástima que sea tan alta!
AUR. ¡Ah! Tambien sé bailar la polka, la mazurka, el schottisch, el wals á dos tiempos, la redowa...
OLIMP. ¿Sabes la redowa?
AUR. Si, mamá; mira. (La baila tarareando.)
OLIMP. Bien, bien; me la enseñarás. ¡El baile favorito de Alfredo! ¡Es que es monísima! ¡Si tuviese siquiera la cabeza de menos!
AUR. Y bien, ¿te decides á guardarme á tu lado?
OLIMP. ¿Qué he de hacer?
AUR. ¡Oh, ya sabia yo que me perdonarias!
OLIMP. Pero tendrás que vestirme de otro modo. Quitate ese traje tan feo, y te pondrás inmediatamente el que te iba á mandar para los dias de fiesta.
AUR. ¡Qué gozo! Ya no iré hecha una colegiala! (Váse por la primera puerta de la izquierda y vuelve á su tiempo con un vestido blanco interior, escotado, y de mangas y falda cortas, y pantalon.)
OLIMP. ¡Petra! (Aparece.) Tráeme el canastillo que hallarás sobre el confidente de mi tocador. (Váse Petra.) ¡Si estaba vestida en contra del sentido comun!... Yo puedo rejuvenecerla... achicarla...
PET. Aqui está ya, señora.
OLIMP. Bien, véte. (Á Aurelia.) ¡Míralo qué precioso!
AUR. ¡Si es un tonelete de niña!

- OLIMP. Lo que corresponde á tu edad.
AUR. Mi edad... mi edad... Tengo diez y seis años.
OLIMP. ¿Diez y seis? Creo que te engañas.
AUR. No, mamá, estoy segura.
OLIMP. ¿Querrás saber mejor que yo?..
AUR. (Arrojando el tonelete.) Yo no me pongo este traje. Hasta hace un año me lo has hecho gastar, y todo el mundo se burlaba de mí y me llamaban zangolotina.
OLIMP. ¡Eh! Simplezas de necios. Vístase usted en seguida.
AUR. ¿Con eso? No, jamás.
OLIMP. Que vuelvo á mandarte al colegio.
AUR. Y yo volveré á hacerme expulsar.
OLIMP. Pues te quedarás en enaguas y corsé. (Quita la llave de la primera puerta de la izquierda y váse por el foro izquierda.)
AUR. ¡Mamá... por Dios!
OLIMP. Nada, nada... No hay escape.

ESCENA VI.

AURELIA y luego PETRA.

- AUR. Esto es una broma sin duda. Pero Alfredo vá á venir y no puedo recibirle en este traje.

CANTO.

Placeres y ventura
soñaba el alma mia,
y en pena la alegría
trocada miro ya.
Sabrá mi travesura
vencer tan duro empeño:
aquel hermoso sueño
cumplido se verá.

Quiero encajes,
ricos trajes
de brocados
y tisús,
y prendidos
guarnecidos
con vistosos

marabús.
Y diamantes
y brillantes
en pulseras
y collar,
y en las salas
con mis galas
y elegancia
deslumbrar.

HABLADO.

- (Gritando.) ¡Mamá, mamá! No, pues parece que vá de veras...—Toma, este es el aprecio que hago de tu regalo. (Patea el tonelete, lo tira detrás del biombo y vá á forcejear en la primera puerta de la izquierda.) ¡Y ha cerrado esta puerta!... ¡Petra, Petra!
- PET. ¿Qué quiere usted, señorita?
AUR. ¿Tienes otra llave de ese cuarto?
PET. No: ¿para qué?
AUR. Porque mamá ha encerrado en él mi vestido, para obligarme á llevar ese tonelete.
PET. ¿Es posible? ¿Y se lo vá usted á poner?
AUR. Antes arderá la casa. ¿Pero qué hago? Alfredo no tardará en llegar... Anda á buscar un martillo.
PET. Lllaman á la puerta de la escalera secreta.
AUR. ¡Ay, Dios mio! Él es... No abras, Petra.
PET. Si he dejado la llave puesta para que no tuviese que meter ruido.
AUR. Siento pasos.
PET. Que llega.
AUR. Ya no hay medio. (Se oculta detrás del biombo.)

ESCENA VII.

DICHOS y ALFREDO.

- ALF. (Desde la puerta.) ¿Puedo entrar, Petra?
PET. Adelante.
ALF. ¿Está usted sola? ¿Y Aurelia?
PET. Ha llegado hace poco.

- ALF. Adviértale usted que la espero. En tanto, para evitar una sorpresa de la mamá, voy á ocultarme detrás de ese biombo.
- PET. No vaya usted.
- ALF. ¿Hay alguien?
- PET. La señorita.
- ALF. ¿Aurelia está ahí?
- PET. Sí, señor; vistiéndose.
- ALF. ¡Aurelia! ¡Mi querida Aurelia! ¡Si supiera usted cuánto he sufrido durante nuestra separación!
- AUR. ¿Pues y yo?
- ALF. ¿Pero no sale usted? Dése usted prisa, porque temo en mi impaciencia derribar ese biombo.
- AUR. ¡No haga usted tal cosa!
- PET. La señorita está en enaguas.
- ALF. ¿Qué importa?
- AUR. ¡Caballero! No permito...
- ALF. (Á Petra.) Pues vaya usted corriendo á abrochar el vestido de la señorita.
- PET. Voy; pero prudencia. (Pasa detrás del biombo.)
- AUR. (¡Qué apuro, Dios mio! No puedo decirle lo que ha pasado... Me pondría en ridículo... ¿Qué haré?)
- PET. (Indicándole la segunda puerta izquierda.) (Márchese usted por ahí... Yo me encargo del resto.)
- AUR. (¿Irme sin verle siquiera?..)
- ALF. ¿Está ya?
- AUR. Todavía no: tiene usted una impaciencia...
- ALF. ¿Que la importuna?
- AUR. Mucho.
- ALF. Si hubiese podido prever que su toilette sería un obstáculo para nuestra entrevista, le hubiera ahorrado el fastidio de mi visita... que no prolongaré. Me retiro, señorita. Á los pies de usted.
- AUR. Se vá enfadado.
- PET. Llámeme usted.
- AUR. ¡Alfredo!
- ALF. (¡Me llama!)
- ARR. ¡Amigo mio!...
- ALF. (¡Su amigo!...) Aurelia, ¿me ama usted aun?
- AUR. ¡Que si le amo! Mas que á mi vida. (Se sube en una silla y asoma la cabeza por encima del biombo. Aparece en el foro Doña Olimpia, á tiempo que Alfredo besa la mano de Aurelia.)

PET. ¡La señora!
AUR. ¡Oh, Dios! ¡Mamá! (Desaparece.)

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA OLIMPIA.

OLIMP. (No, no es ¡un sueño... ¡Todo lo he oído!...)—¡Buenos días, Alfredo! No sabía que hubiese usted llegado ya.

ALF. En este instante, señora. Me estaba informando de la salud de usted, y Petra me iba á anunciar.

OLIMP. Agradezco la puntualidad. (Petra pasa detrás del biombo y se escapa con Aurelia por la segunda puerta izquierda.)

ALF. ¡Señora! (Nada ha visto.)

OLIMP. Amigo Alfredo, ruego á usted me dispense por breve rato... tengo aun que hacer antes de salir... Pronto despacho. Si en el interin quiere usted entretenerse en la biblioteca...

ALF. Con mucho gusto, señora. Allí aguardo sus órdenes. (Váse.)

OLIMP. (Mirando detrás del biombo.) ¡Se ha escapado! Ya me lo figuraba yo.—¡Ay, Alfredo! ¡Qué desengaño! Pero yo me vengaré... quiero que sufra él tambien.—¡Ah! ¡adorabas la peana por el santo?... ¿Querías á mi hija?... Pues no la tendrás... La casaré... ¿Con quién?... Con cualquiera: no faltará.—¡Aurelia!—La presentaré en la sociedad...—¡Aurelia! Si, hoy mismo... la llevaré á todas partes...

AUR. ¿Me llamaste, mamá?

OLIMP. (Sigamos disimulando.) Si, querida, si: te he llamado. No te has puesto el vestido que te traje, ¿eh? Has hecho bien. Voy á devolverte el otro; el largo. (Lo saca de donde lo encerró.) He reflexionado despues, y comprendo que con tu educacion no quieras parecer ya una chiquela.

AUR. (Cogiendo gozosa el vestido.) ¿De veras?

OLIMP. Si, pichona. Y voy á presentarte en el mundo, porque ya vas estando en edad de casarte.

AUR. ¿Cómo! ¿Quieres casarme?

OLIMP. ¡Sin duda!

AUR. ¿Y con quién?

OLIMP. Con... un honrado comerciante.

- AUR. (¡No es con Alfredo!) Mamá, no me gustan los tenderos.
- OLIMP. ¡Ya! ¿La señorita querrá por lo menos un embajador? Vaya usted á vestirse al punto.
- AUR. Voy, mamá. (¡Oh! yo sabré á quién me destina, y... ya veremos.) (Váse por detrás del biombo.)
- OLIMP. Por mas que me devano los sesos buscando un novio entre mis conocimientos... nada, ninguno se me ocurre. Y yo necesito uno... y pronto, en seguida. Quiero que Alfredo rabie como yo.—Momentos hay en la vida en que se experimenta la necesidad de estrujar algo... (Se sienta sobre el sombrero de D. Emeterio, despues lo coge y estruja con furor.) ¡Ay! ¡Esto desahoga! ¿Pero qué es esto? Sin duda es el sombrero de ese señor que vino... —¡Calla! ¡Magnífico! (Trata de desabollarlo.)

ESCENA IX.

DOÑA OLIMPIA, D. EMETERIO y luego AURELIA.

- EMET. Ruego á usted que dispense, señora...
- OLIMP. (Ocultando el sombrero.) ¡Él es!
- EMET. Creo que he olvidado aqui mi sombrero...
- OLIMP. Puede ser, caballero... no sé...
- EMET. No es por el valor de un sombrero... pero le tengo ley á ese.
- OLIMP. (Alisando el sombrero con la manga.) Aqui lo tiene usted.— Se conoce que ha corrido usted mucho.
- EMET. ¡Bastante!
- AUR. (Apareciendo detrás del biombo.) (Alguien ha entrado.)
- OLIMP. ¿En busca de su adorada?
- AUR. (¿Qué dice?)
- EMET. Si, señora: y lo peor es que nada he adelantado.
- OLIMP. ¡Pobre señor! Tome usted asiento.
- EMET. (¡Qué amable está ahora!)
- AUR. (Si es mi vejete de Valencia.)
- OLIMP. Y no me ha dicho usted cómo se llama.
- EMET. Aurelia.
- OLIMP. ¿Aurelia? ¡Pues si está aqui!
- EMET. ¿Aqui?...
- OLIMP. Sí: es mi hija.
- EMET. ¿La niña de once años?

- OLIMP. ¡Quiá! Si tiene diez y seis. ¿Creerá usted que me he equivocado yo en cinco años nada menos?
- AUR. (¡Ya!)
- EMET. ¿Es posible?
- OLIMP. En cuanto reconocí mi error, he recordado la proposición que se sirvió usted hacerme, y...
- EMET. ¿Y bien, señora?...
- OLIMP. Será usted bien recibido en mi casa siempre que guste venir á expresar sus tiernos sentimientos.
- AUR. (¡Oh! Ahora ya sé lo que tengo que hacer.) (Váse sigilosamente llevándose el tonelete.)
- EMET. ¡Señora! La sorpresa... la alegría... me impiden manifestar todo mi agradecimiento. Es tanta mi emoción... que...
- OLIMP. (Apabullando el sombrero.) ¡Basta, basta!
- EMET. ¿Qué tiene usted, señora?
- OLIMP. No es nada... Los nervios...
- EMET. (Queriendo coger su sombrero.) Dispéñseme usted. No es por el valor del sombrero... pero...
- OLIMP. (Alisándolo, pero sin soltarlo.) Tome usted. (Y Alfredo que no sabe...) Caballero, voy con permiso de usted á despachar á un importuno...
- EMET. Usted es muy dueña...
- OLIMP. (¡Cómo rabiará al oír que caso á Aurelia!)
- EMET. Creo que se lleva usted mi sombrero, señora.
- OLIMP. (Dádoselo.) ¡Ah, qué distracción!
- EMET. No, no es por su valor, pero...
- OLIMP. Pronto vuelvo. (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA X.

D. EMETERIO, y luego OLIMPIA.

- EMET. ¡Qué felicidad! La niña me ama, la madre me acepta... No me falta mas que comprar las vistas... ¡Qué felicidad!

CANTO.

Cayó el pez en la red-manga:

¡Qué ganga!

Es mi novia cariñosa] y hermosa.

Voy á ser dichoso con su amor, sí, señor.

No trocará yo tu amor, mi bien, por las glorias del eden.

Que contaba á usted y á que venía á jugar, don Me-

HABLADO.

¡Diantre! me olvidaba que tendré que declarar ese diablo de apellido... Tendré que declarar también que tengo un diablo de hijo... ¡un moceton!—¡Bah! No haré esas revelaciones hasta el último momento; despues de tomado el dicho. No pensemos ahora mas que en la felicidad.

AUR. (Tarareando dentro.)

Madrugué una mañana en el mes de Abril;

me encontré una muchacha como un serafín.

EMET. ¿Es ella quien tararea ese canto de la infancia? (Entra Aurelia por el foro izquierda, vestida de tonelete, y haciendo rodar un aro.)

AUR. La dije: chica roja, ¿te quieres venir á la botilleria?

Me dijo que sí.

EMET. (¡La misma!) Buenos dias, señorita.

AUR. ¡Toma, toma! ¿Usted en Madrid y en mi casa?

EMET. Sí, señorita.

AUR. ¿Segun eso conoce usted á mamá?

EMET. Tengo esa dicha. (Me parece mas niña que antes.)

AUR. ¡Cuánto me alegro!

EMET. (¡Se alegra! ¡Qué ganga!)

AUR. Si supiera usted, señor don... ¿Cómo se llama usted?

EMET. Emeterio de la...

AUR. Pues bien, don Megaterio...

EMET. Emeterio, hija, Emeterio.

AUR. ¿Qué mas dá?—Pues como iba diciendo, cuando nos encontrábamos en paseo...

EMET. ¿Reparaba usted en mí, eh? (Ya lo sabia yo. ¡Me ado-

- ra! ¡Qué ganga!)
- AUR. Vaya si reparaba... y me decía, ¡qué bueno debe ser ese señor! Estoy segura de que le gusta jugar con las niñas... Y se me pasaban unas ganas de preguntarle si quería jugar conmigo...
- EMET. ¿De veras? ¡Jugar con usted! ¿eh? (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Qué contenta estoy! ¿Y á qué vamos á jugar, don Megaterio? (Gesto de D. Emeterio.) ¡Ah! voy á enseñarle á usted un juego.—Yo era la Fuencarralera y usted era el borrico... ¿Entiende usted?
- EMET. Corriente. Yo soy el borrico. ¡Já, já, já! (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Caramba! no podemos... Hay que ser tres al menos.
- EMET. Pues á otra cosa.
- AUR. Juguemos al escondite. Un minuto tengo para esconderme. ¿Qué hora es?
- EMET. (Sacando el reloj.) La una y veinte.
- AUR. ¡Ay, qué reloj tan bonito! ¿Á ver, á ver? Cuando yo era chiquitita creía que había un bicho ahí dentro.—Voy á darle cuerda.
- EMET. ¡Cuidado!
- AUR. (Figurando haber roto el muelle al darle cuerda.) Escuche usted cómo hace... crrrrrac.
- EMET. Si, si; crrrrrac. Es que ha roto usted el muelle. (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Toma! eso se compone en casa del relojero. No hacen otra cosa todo el día... ¿Quiere usted que saltemos á la cuerda?
- EMET. Debe usted ser muy ligera para que yo pueda competir...
- AUR. Vamos á verlo. ¡Á la comba, á la comba!
- EMET. ¡Á la comba! ¿Y cómo es eso?
- AUR. (Sacando una cuerda de tras del biombo.) Muy fácil. Mire usted. Esta punta se ata aquí. (Al pestillo de la puerta.) Coge usted esta otra y le dá vueltas.
- EMET. ¿Así? (Combando rápidamente la cuerda.)
- AUR. Carne.
- EMET. ¿Cómo carne? (Cesando de combar.)
- AUR. Que empiece usted despacio.
- EMET. ¡Ah, ya!... (Cref que era una alusion á mi maldito apellido.) (Vuelve á girar la cuerda.)
- AUR. (Despues de saltar un rato.) ¡Tocino!
- EMET. (Soltando la cuerda.) Qué... ¿qué significa?...

- AUR. Que le diera usted de prisas.
- EMET. ¡Ah! (Este diablo de nombre...)
- AUR. Ahora, usted. Á ver si me gana.
- EMET. Pero, hija, si yo no sé...
- AUR. Pruebe usted y veremos. Voy á contar.
- EMET. (¡Ay, amor, á lo que me obligas!) (Al primer salto se le enreda la cuerda en las piernas y cae.) (¡Qué ganga!)
- AUR. ¡Já, já, já! Hay que levantar mas las piernas. Vamos á volver.
- EMET. (Decididamente, es demasiado jóven.) Dispénsese usted, hija: estoy muy cansado. (Se sienta sobre la labor que Olímpia ha dejado en el sillón, y se levanta en seguida.) ¡Ay! ¿Sobre qué me he sentado yo?
- AUR. ¡Sobre el bordado de mamá.
- EMET. (¡Qué ganga!) ¿Por qué no se habrá inventado el bordar sin agujas?
- AUR. Vamos al molino.
- EMET. ¿Voy á ser borrico otra vez?
- AUR. No es eso. Deme usted las manos: así:—Junte usted las puntas de los piés con las mias, eche usted el cuerpo atrás... y hála. (Empiezan á girar con rapidez y Emeterio cae.)
- EMET. (Incorporándose.) ¡Ay! ¡Qué ganga! (¡No hay duda! Es muy niña.)

ESCENA XI.

DICHOS y DOÑA OLIMPIA.

- OLIMP. ¿Qué veo? ¿Mi hija?
- AUR. Sí, mamá. Acabo de divertirme muchísimo con el señor: pero no me riñas, que ahora voy á trabajar y á estudiar mucho. Adios, don Megaterio. (Váse cantando.) A la limon, etc.
- EMET. ¡Uy! ¡Estoy molido, señora! ¿Ha querido usted darme una leccion? Me he convencido plenamente de que su hija es una niña y de que estaba yo loco al pedirla por esposa.
- OLIMP. Yo si que me convenzo de que *esa niña* se ha burlado completamente de usted y de mí.
- EMET. ¡Cómo! Si acaba de conducirse como una chicuela, como una niña de once años.
- OLIMP. Pues tien e diez y seis.

- EMET. Antes dijo usted ónce.
OLIMP. Es que antes me equivoqué.
EMET. Yo creo que se equivoca usted ahora.
OLIMP. No, señor.
EMET. Sí, señora.
OLIMP. Que no.
EMET. Que sí.
OLIMP. Voy á traer la partida de bautismo para confundirle.
(Váse.)

EMET. Bueno: tráigala usted.—Tú si que vas á quedar confundida. ¡Uf! Me van á volver loco entre la madre y la hija. Pues estaria yo gracioso conduciendo á mi señora al Prado ó á la plaza de Oriente para que se pusiera á jugar en la rueda de chiquillos.

ESCENA XII.

D. EMETERIO y ALFREDO.

- ALF. La madre me ha despedido, pero yo he vuelto por la escalera secreta. Necesito hablar con Petra. ¡Cielos! Mi padre.
EMET. ¿Mi hijo aqui?
ALF. ¿Qué asunto te trae á casa de la señora de Perales?
EMET. ¿Y á tí?
ALF. Yo estoy enamorado de su hija á quien conocí en Valencia.
EMET. ¿De Aurelia?
ALF. Si, señor: y en este billete, que hace un momento me ha tirado desde el balcon, me anuncia que su madre quiere casarla con un viejo chocho.
EMET. ¿Eso te dice?... (¡Un viejo chocho!.. ¡Qué ganga!)
ALF. ¡Lee y verás!
EMET. (¡Me ha embromado!)
ALF. ¡Papá! Protégenos: porque si no la obtengo, me muero y ella se muere tambien.
EMET. ¡No seria mal negocio para los enterradores!
ALF. Alguien se acerca. ¿Será Aurelia?
EMET. No: es su madre, á quien estoy esperando.
ALF. No quiero que me vea. Háblale en mi favor... procura obtener su consentimiento. (Se oculta detrás del biombo.)
EMET. (Gran papel estoy haciendo.)

ESCENA XII.

DICHOS y DOÑA OLIMPIA.

- OLIMP. Tome usted, caballero, lea usted. (Dándole un papel que le arrebató en seguida.) ¡Oh! no, no: no lo lea usted.
- EMET. ¿Por qué, señora?
- OLIMP. (¿Debo enterarle?..) Caballero: le tengo á usted por un hombre de honor. Júreme usted que no revelará á nadie el secreto que encierra este papel. Júremelo.
- EMET. Lo juro.
- OLIMP. Sepa usted pues que no me llamo la señora de Perales: nombre que he tomado de una de mis propiedades: porque mi difunto, hombre honrado si los hay, tenía la desgracia de llevar un apellido tan... antipático...
- EMET. Compadezco á usted, señora. Es una verdadera desgracia. Aquí donde usted me vé tengo tambien un apellido tan... tan... tan inconveniente...
- OLIMP. ¡Ah! tambien usted experimenta el peso de tamaño infortunio.
- EMET. Y en alto grado, señora; en superlativo grado.—Y me será lícito saber el... el... imprudente apellido de su difunto esposo?
- OLIMP. Se llamaba .. se llamaba... No me atrevo, caballero.
- EMET. Valor, señora, valor.
- OLIMP. Pues bien, se llamaba... Marranillos.
- EMET. Mas bajo, por Dios, mas bajo.
- OLIMP. ¡Crisanto Marranillos, caballero! Salchichero en Valladolid.
- EMET. No grite usted tanto.
- OLIMP. Tiene usted razon.—Pero extraño el efecto que le produce...
- EMET. Pues qué, ¿no me reconoce usted?—¡Ah! es verdad que nunca nos habíamos visto.
- OLIMP. ¿Pero quién es usted?
- EMET. ¿Que quién soy? El hermano de su marido. Emeterio Marranillos.
- OLIMP. ¡Mas bajo, señor, mas bajo! ¡Cómo! ¿es usted el hermano que marchó á América?
- EMET. Y que á su vuelta no ha cesado de hacer pesquisas para descubrir el paradero de usted; pero habiendo cambia-

- do de nombre, no era fácil...
- OLIMP. ¡Querido cuñado!
- EMET. ¡Querida hermana! (Se abrazan.) Y yo, que queria casarme con mi sobrina...
- OLIMP. Y yo que se la daba á usted.
- EMET. Era la voz de la naturaleza que me inclinaba á amarla.—No hay nada perdido: que se case con su primo, con mi hijo.
- OLIMP. ¿Tiene usted un hijo?
- EMET. Sí, Alfredo de la Peña.
- OLIMP. ¿Qué oigo?
- EMET. Yo tambien mudé de apellido.
- OLIMP. ¿Con que Alfredo es hijo de usted?
- ALF. (Acercándose.) Sí, querida tia.
- OLIMP. ¡Ay! ¡Cuántas emociones en un dia! No puedo mas.
- ALF. (Conduciéndola á un sillón.) Siéntese usted, tiita, y trate de serenarse. Ya no estará usted enfadada conmigo, ¿verdad?
- OLIMP. ¡Querido Alfredo! No en balde le veia yo con tanto placer... La voz de la naturaleza... Y mi hija, que aun no sabe...
- ALF. —Aquí viene.

ESCENA XIV.

DICHOS, AURELIA, en su primer traje, y PETRA.

- AUR. ¡Sí, Petra! Me he decidido á volver al colegio. ¡Mamá! Ya estoy dispuesta á marchar.
- OLIMP. Es inútil, ángel mio; acabo de conceder tu mano á Alfredo.
- AUR. ¿Será cierto?
- ALF. Sí, prima mia.
- AUR. ¡Su prima!
- EMET. Sí, sobrina.
- AUR. ¡Su sobrina!
- OLIMP. Ya te lo explicaré despacio. Consagremos los primeros momentos al júbilo no mas.

CANTO.

PETRA.

AUR., ALF., OLIMP. y EMET.

Ya se estan arrullando
cual tortolillos:
¿quién ha visto arrullarse
los Marranillos?

Pues que la Providencia
nos ha reunido,
límite ya no tenga
nuestro cariño.

LA TROMPA DE MUSTAQUO.

FIN DE LA ZARZUELA.

